

Y ved aquí que la conducta inhumana y cruel de la Reforma y del Filosofismo, para con la pobreza y la indigencia, nos convence otra vez que el hombre no puede en esto como en todo huir del Catolicismo sin venir á parar en la barbarie del Paganismo.

Á vista de los consejos evangélicos, objetan los sofistas con Bayle á la cabeza «que con *verdaderos cristianos* no podría «subsistir un Estado.» En primer lugar debieran saber que no es preciso practicar los consejos del Evangelio para ser *cristiano verdadero*, porque no son *obligaciones* para los hombres, sino *excitaciones* á las almas grandes; y oigan en segundo la sábia respuesta que les da Montesquieu, entre lo poco que se dignó hablar en favor del Cristianismo, por resentirse del espíritu de hostilidad de que hácia esta Religión estaba animado su siglo, así como de su entusiasmo por la antigüedad pagana.

«Es ciertamente muy extraño, escribe (1), que aquel hombre *grande* (\*) (Bayle) desconociese el espíritu de su propia «religion (*transeat*), y no acertase á distinguir las órdenes «para el establecimiento del Cristianismo, del Cristianismo «mismo, y los preceptos del Evangelio de los que no son «mas que consejos. Cuando el legislador en lugar de dar leyes ha dado consejos, *es porque sabe que sus consejos, si «estuviesen prescritos como leyes, serian contrarios al espíritu de las leyes.*»

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXXIV, cap. 6.

(\*) Debemos subrayar esta palabra.

## LIBRO III.

### PECADOS.

Del hermoso y florido campo de las virtudes que abandonamos con sentimiento saltamos al terreno pedregoso y lleno de espinas de los vicios, recorriendo, como hemos hecho con las virtudes, uno por uno los pecados capitales, ese monstruo del Apocalipsis, que son á la vez causa y efecto, origen y resultado de la degeneración del hombre y de su doble desdicha.

### CAPÍTULO I.

#### PECADOS CAPITALES.

Seis mil años hace que todo en la naturaleza observa constantemente la ley que el Criador impuso, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura camina recta, sin desviarse un ápice por la senda que el Criador la trazó, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura tiene una natural é irresistible tendencia hácia su señalado y último fin, menos el hombre. El hombre presenta en la creación el singularísimo ejemplo, la única anomalía de un todo compuesto de partes pugnantes entre sí. Si solo el hombre está desordenado en la naturaleza, Dios que es un Dios de orden por excelencia no pudo formarle así; ni se concibe que quisiese hacer una excepción perjudicial y funesta precisamente en el ser para quien destinó la corona de la creación. No es, pues, hoy el hombre tal como salió de las manos divinas; tal como debiera ser. Su estado presente es un estado de degeneración, de castigo. Sí, de castigo; alguna culpa cometió por la que mereció ser castigado. Pecó, pues, y la tradición de este lapso fatal, á la que Zoroastro (1) atribuyó ya entre

(1) *Zend-Avesta*, tomo 2.

otros expresamente nuestra propension al mal, se ve establecida en todos los pueblos conocidos antiguos y modernos. *Aurea prima sata est ætas* es la divisa de todas las naciones, dice Voltaire copiando á Virgilio (1).

Sublevadas ya las pasiones, que rompieron sus cadenas, contra la razon, el cuerpo contra el espíritu, surgió el mal moral ó pecado; mal que si no hubiera sido por la prevaricacion adamítica que desgraciadamente lo abortó al mundo, habria sido absolutamente desconocido. Criado el hombre, crió este á su vez lo que Dios no pudo crear. El pecado fue la segunda creacion, la creacion funesta, la creacion del hombre. Si el hombre se hubiera confesado, y, reconocido siempre autor de esa malhadada creacion, no hubiese aparecido ese maniqueismo impío, cuyos torpes prosélitos se crearon en su delirante imaginacion un fantasma de divinidad maligna y de principio corrupto sobre quien cargar y á quien atribuir los males que nos legaron sus progenitores y los nuestros; males cuyo gérmen, que heredaron como nosotros, debieron sentir con el Apóstol (2) y con el Poeta (3) dentro de sí mismos.

Sin embargo, en estos últimos siglos, siglos apellidados de la despreocupacion, de la ilustracion, del talento y de las luces, ha habido hombres, y hombres que precisamente dan su funesto nombre á la época, tan ignorantes ó tan obcecados, que oponiéndose y contradiciendo ciegamente á todo el género humano, á la Religion, á la naturaleza, á todos los criterios de verdad y á la experiencia misma, han reputado al hombre naturalmente bueno, lamentándose y compadeciéndose con maligna hipocresia de él, como víctima inocente, no de degeneracion alguna de su naturaleza, ni de ningun mal moral, sino de las condiciones actuales de la sociedad, y del orden de cosas establecido, segun conviene á sus intereses, lo cual constituye la base del moderno socialismo (\*). Ya se ve, necesitaban un pretexto y un pode-

(1) *Georg.* lib. I.

(2) «Non quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago.» (*Rom.* VII, 19).

(3) «Video mellora proboque, deteriora sequor.» (*Ovid. Metam.* VII).

(\*) Rousseau, que quiere persuadirnos que el hombre nace poco menos que santo, volviéndole luego malo la *sociedad*, nos hace en su *Emilio* una exacta pintura de las pasiones rencorosas é iracundas de los niños de pecho. ¿Si tambien habrá ya depravado á estos niños una sociedad en que ni siquiera saben si están?

roso punto de apoyo de donde sacar la fuerza de proyeccion para sus intentos y aspiraciones socialistas y comunistas, y como no pudieron inventar otro, hallaron este. ¡Insensatos! Organicen la sociedad como quieran, «siempre habrá imperfecciones donde haya hombres (1).» Pero nos extraviamos.

Subyugado ya el hombre por las pasiones, si en la lucha y guerra cruel que dentro de él mismo se realiza entre aquellas y la razon vence esta, entonces surge la virtud, y el hombre aparece tal como debe ser; entonces se conduce y obra como siempre se habria conducido y obrado, si siempre hubiera sido lo que para ser fue criado. Hablando con todo rigor, en el estado primitivo del hombre no hubiera habido ni vicios ni virtudes; no vicios, porque habrian sido, como se supone, absolutamente desconocidos; ni virtudes, porque lo que ahora conocemos con este nombre habria sido precisamente el estado natural y normal del hombre inocente. Esto es, así como el orden de cosas actual, bajo el punto de vista de la moralidad, le forma una extraña mezcla de vicios y virtudes en que palpablemente preponderan los primeros, el orden de cosas de entonces lo hubiera formado únicamente aquello que hoy conocemos y significamos con la palabra virtud. No queremos decir con esto que lo que significamos hoy con la palabra virtud careciese entonces de mérito ni de bondad moral: la cosa significada habria sido siempre la misma; únicamente pudo variar la significacion. Consideramos la virtud en relacion con la diversa posicion y estado del hombre. El hombre y la virtud, ó lo que con este nombre designamos ahora, estaban entonces en una misma altura; pero descendiendo el hombre de esta altura por su prevaricacion, y permaneciendo quieta la virtud, que es fija é inmovible, sucedió que hoy se ve el hombre precisado á mirar hácia arriba y alcanzar á duras penas lo que entonces era su dote y su posesion, aconteciendo lo que á aquellos pajarillos noveles atrevidos que queriendo remontarse á las regiones del aire, se lanzan del nido y caen al suelo, desde donde le miran anhelosos, haciendo todos los esfuerzos posibles por subir otra vez á él.

Pero si en la guerra atroz que las pasiones hacen á la razon vencen aquellas, entonces presenta el hombre toda su degeneracion y toda su miseria; entonces aparece el hom-

(1) «Vitia erunt donec homines.» (*Tacit. lib. IV Hist.*).

bre tal como le dejó su rebelion. Esta victoria funesta acarreo el mal moral, el pecado actual, fruto emponzoñado de su raíz corrupta, el pecado original. Cada vez que prepondera la balanza de la razon aparece la inocencia y la virtud; pero si se inclina á la parte de las pasiones entonces prevalece la maldad y el vicio.

Ni la sociedad religiosa, ni la sociedad civil omiten medio alguno para quitar á las pasiones, y con ellas á los crímenes, su preponderancia sobre la razon, y por consiguiente sobre las virtudes. La una, por medio de leyes severas, penas de diverso género, castigos terribles y con algun premio ó recompensa (cosa á la verdad tan útil como descuidada) para estimular y mover al hombre á que marche tras la razon. La otra, con penitencias, con austeridades, con mortificaciones, con penas espirituales ó censuras, con la amenaza de un castigo terrible y eterno, y hasta halagándole con un premio grandioso y sin fin, que ofrece á su huida de las pasiones.

Pues bien, ¿qué le ha dicho al hombre la Reforma? Que es una *victima necesaria* del mal moral, el cual no está en su mano evitar *por carecer de libertad*, y que una vez justificado, *ya no perderá su santidad por crímenes que cometa*; que las mortificaciones, las penitencias, los ayunos y los cilicios son preocupaciones y supersticiones. Y ¿qué le ha dicho el Filosofismo? Que la virtud es una quimera, que procure tener y satisfacer todas las pasiones que pueda (1), que no hay otra vida ni Dios, y que aun cuando le hubiese es absurdo pensar que el hombre pueda ofenderle (2). Las consecuencias sociales de semejantes doctrinas son demasiado horrosas para que se escapen á la vista.

En el exámen que vamos á hacer de la naturaleza, índole y efectos de los pecados capitales, que ya es tiempo de recorrer, probaremos conforme al propósito de la presente obra, como en toda ella venimos haciendo constantes en nuestro plan, que los vicios y los pecados, ó si se quiere un lenguaje mas filosófico, que los delitos y los crímenes hacen completamente infeliz al hombre en esta vida por la ansiedad, por la inquietud, por el sobresalto que introducen en su corazon, y por el terror y el remordimiento con que atormen-

(1) Fourierismo.

(2) Shaftesbury, *Carta sobre el entusiasmo*.

tan su conciencia; así como tambien que le rebajan y embrutecen por la vileza y la degradacion que llevan á su carácter, á su espíritu, á su alma. Por la accion necesaria de las doctrinas resultará tambien que los pecados y los vicios son tan funestos á la sociedad como utilísimas las virtudes.

Oigamos al piadoso autor de la *Imitacion de Jesucristo*:

«Siempre y cuando el hombre apetece algo desordenadamente, al punto pierde la tranquilidad.

«El soberbio y el avaro jamás sosiegan; mas el pobre y el humilde de espíritu viven en la abundancia de la paz.

«El flaco de espíritu ó inclinado á lo carnal y sensible, con dificultad se abstrae enteramente de los deseos terrenos.

«De aquí es que cuando se abstiene de ellos, se entristece, y fácilmente se enoja si alguno le contradice.

«Mas si consigue lo que desea, atórméntale luego el remordimiento, porque se abandonó á su pasion, que de nada aprovecha para alcanzar la paz que buscaba.

«Resistiendo, pues, á las pasiones y no entregándose á ellas es como se halla la verdadera paz del corazon.

«No hay paz en el corazon del hombre carnal que se dedica á las cosas exteriores; solo el hombre fervoroso y espiritual la disfruta (1).»

«Todo vicio es esclavitud, dice san Ambrosio (2); el vicioso es esclavo y tiene tantos tiranos cuantos vicios; solo es libre el que domina las pasiones.»

Tal vez se extrañará en nuestra obra el género de exposicion de las doctrinas del Cristianismo; y que discurrendo sobre unas doctrinas cuyo objeto principal, cuyas tendencias, cuyas aspiraciones, cuyo lenguaje y cuyo fin es la eternidad, casi nos encerremos, por decirlo así, en los estrechos límites de esta vida fugaz y perecedera. Aquí es preciso repetir lo que dijimos al principio: Esta obra ha sido escrita muy particularmente contra los sofistas escépticos, incrédulos y ateos, á quienes en toda ella no hemos querido perder de vista; á los cuales, como no desean ó no creen mas vida que esta, seria infructuoso hablarles mas que de lo presente, y el conducirles fuera de este mundo. Se han escrito preciosos libros morales ascéticos y místicos que fervorizan y elevan las almas verdaderamente cristianas, en

(1) Lib. I, cap. 6.

(2) *De Jacob et vita beata*, lib. II, cap. 8.

que se presentan claros y terminantes los premios y penas eternas; los premios como indefectibles, y las penas como ineludibles é inevitables, en que se pintan de una manera atractiva y halagüeña las dulzuras eternas de la virtud, y de una manera reactiva y aterradora los eternos tormentos del vicio. Pues bien: todos estos libros con todas sus preciosidades y su mérito son inútiles y estériles para nuestros sofistas, que se rien y mofan de ellos apostrofándolos *añejas preocupaciones, fanatismos, supersticiones monacales y cuentos de viejas*. Ya se ve: estos libros lo primero que suponen en el lector es aquella fe que es como el armazon de sus discursos, el cimiento y la base sobre la cual edifican sus sábios autores, el gérmen que fecundiza sus páginas; y si estos libros son en verdad excelentes y utilísimos para los creyentes, para las personas timoratas y cristianas, los sofistas, á quienes precisamente falta aquella fe, con un *quid ad nos?* se evaden profiriendo bufonadas y sarcasmos. No consideran, pues, al Cristianismo sino por el lado de acá, en cuyo estrecho terreno es preciso encerrarnos con ellos.

Ya vimos en el exordio que nos echan en cara, aunque sin mucha razon, que nuestros moralistas, teólogos y predicadores jamás hablan mas que de motivos sobrenaturales, del cielo, de la gracia, etc., y nos retan á que probemos que el hombre está obligado á practicar el bien y á evitar el mal *tambien por su interés actual y personal*, y es preciso aceptar el desafío. Tan indisputable es este interés, que ya se dijo en lo antiguo ser necio el malo, porque si no lo fuera querria ser bueno (\*). Es necesario convencerles con sus mismos testimonios y atacarles con sus propias armas (\*\*).

(\*) «Nemo malus nisi stultus; si enim saperet, bonus esse mallet.»

(\*\*) No es nueva esta razon de conveniencia en las polémicas religiosas. Lactancio advirtió en san Cipriano la improcedencia de haber querido convencer y persuadir á Demetriano con testimonios de la sagrada Escritura que este tenia por ficcion é impostura, y no son los de los filósofos é historiadores como convenia; cuya omision ó vacío se habia propuesto, dice, llenar él con su libro. «Ut implerem materiam quam Cyprianus non assequutus est.» (*Divin. instit.* lib. V, *De justitia*, cap. 4.) San Jerónimo cita este hecho y otros muchos aplaudiéndolos, al contestar á aquel retórico romano que le reprochaba el que adujese en sus escritos el testimonio de los autores profanos. (*Epist. LXX ad magnum oratorem urbis Romæ*). San Agustin opina igualmente, citando tambien á los escritores cristianos que así lo hicieron, que se robustezcan los escritos con el testimonio mismo de los gentiles. Orígenes protestaba que se habia dedicado al estudio de la filosofía por motivos idénticos, y ale-

Como entre ellos es cosa sentada y está universalmente admitido que las doctrinas que predica la religion cristiana son retrógradas, estorbadoras de todo progreso, depresivas de las luces y del talento, esclavizadoras, enemigas del bienestar de la sociedad y del género humano; y que esta Religion misma es una cosa fuera de lugar en el mundo, de todo punto ajena á los sucesos é intereses de la vida práctica de los particulares y de los pueblos al menos *en la época de ilustracion y de luz á que hemos llegado* (así puede trazarse el cuadro de las acusaciones que hoy la dirigen los sofistas mas avanzados), nos ha sido y es preciso probarles, por el contrario, que las doctrinas del Cristianismo son en grado eminente civilizadoras, fomentadoras de todo progreso lícito, útil y ventajoso, la antorcha de las verdaderas luces, las alas del pensamiento y del talento, emancipadoras y libertadoras del hombre, felicitadoras de su vida, amigas y guardadoras celosas del bienestar y de la dicha de la sociedad y de la humanidad, de las cuales son única base; que ella es el código inmejorable de todos los siglos, y por último que el fin que se propuso Jesucristo al predicar á los hombres el Evangelio, no fue solamente allanarles el camino de la felicidad eterna, aunque esta fue su mision principal, sino tambien dejarles en el mismo Evangelio una fuente abundantísima de dicha temporal; y en su virtud que el hombre y la sociedad están interesados en observarle, aun por consideraciones y motivos puramente humanos, y, si es permitido decirlo, hasta por egoismo.

Esta nos parece hoy el arma mas á propósito para atacar á los sofistas, cuyo orgullo se concilia muy mal con su continua tendencia á envilecerse y rebajarse á la condicion del

gaba el ejemplo de Panteno y de Heraclas. Clemente de Alejandría responde satisfactoriamente á los que le vituperaban las citas de autores profanos. (*Stromat.* lib. I, cap. 2). En general todos los apologistas y escritores cristianos de Oriente y Occidente de los primeros siglos observaron este método.

El P. Fr. Fernando Ceballos confundió desde España el siglo pasado al Filosofismo ó sectas incrédulas, tan cumplidamente desarmadas en Francia por Bergier, Nonnotte, Feller, Guénée, etc., probándoles filosóficamente la pésima influencia moral y social de la Incredulidad. Este método es verdaderamente un arma muy contundente y muy temida de los sofistas, y hoy continúan haciéndola necesaria el escepticismo y la indiferencia religiosa que caracterizan la época, y hasta la tibieza y enfriamiento en que ha venido á parar la fe de los creyentes.

bruto. Este medio nos parece ser el que mas de lleno hiere su susceptibilidad y sus pretensiones, puesto que apenas se apartan de sus labios las palabras *dignidad del hombre, dicha del hombre, bienestar de la sociedad*, cuando intentan compasivos emanciparles del Cristianismo. Y por último, esta nos parece ser la verdadera y apremiante necesidad de la época.

§ I.—*Soberbia.*

Pecado que trastornó el cielo, hizo infeliz la tierra, encendió el infierno, en que tuvo principio todo pecado (1) y toda perdicion (2). No será, pues, muy necesario ponderar la accion envilecedora y funesta de un pecado que fue la degradacion y la infelicidad misma.

Con no poca frecuencia vemos personas que porque poseen unos cuantos bienes terrenos, llamados sin razon riquezas, desdeñan acompañarse con los de escasa fortuna, huyendo orgullosamente todo trato familiar con ellos (3). Otras, á quienes habiendo la fortuna mas bien que su mérito personal elevado á mayor altura en la gran escala de posiciones sociales, lo cual «dice tan mal como la nieve en el es-«tío y la lluvia en la siega (4),» se olvidan del consejo del Sábio (5), y creen rebajarse si hablan con los que ayer eran sus compañeros de destino (6), y anhelan relacionarse con personas de alta categoría, aunque sea valiéndose de los indecorosos medios del servilismo, de la adulacion y de la lisonja, que acaban de echar por tierra su dignidad. Se resienten si ven que en una conversacion á disposicion dada se les mancomuniza con los que fueron ayer sus compañeros, y no se hace la diferencia, si bien justamente debida, á la dignidad, elevada posicion ó categoría social, inmerecida sin embargo por aquel cuyo orgullo le hace advertir y resentirse de aquella falta de distincion. Siempre que se trata de virtudes y cualidades propias, si al pensamiento acompaña

(1) Prov. XIX, 4, 7.

(2) Tobias citado.

(3) «Viam humilium declinant.» (*Amos*, II, 7).

(4) Prov. XXVI, 1.

(5) «Guarda fidelidad á tu amigo en su pobreza... En el tiempo de su tribulacion mantente fiel á él.» (*Eccli.* XXII, 28, 29).

(6) «A paupere separantur, procul recesserunt ab eo.» (*Eccli.* X, 15).

el orgullo, se coloca en razon inversa de la realidad de las cosas. Basta que se persuada una persona que vale algo, para que en aquel mismo instante sea, si *se enorgullece*, la cosa mas despreciable, porque el orgullo es un pus tan hediondo como sutilísimo, que introduciéndose furtivamente en el terreno de las virtudes, las inficiona y esteriliza todas. Es compatible la humildad con el convencimiento del propio mérito; así Jesucristo, que fue el dechado de humildad por excelencia, no ignoraba por cierto sus sublimes perfecciones y grandezas; pero para ello es preciso que á este convencimiento del mérito añadamos el convencimiento de que este mérito no es una cualidad propia, sino un don puro de Dios.

«Desear, dice san Agustin aludiendo á esos imbéciles con «suerte y como intrusos en la fortuna, desear ser temido y «amado de los hombres, no por otra cosa sino para tener en «esto un gozo que no es tal, es miseria de la vida humana y «una jactancia fea (1).»

El hombre de verdadero carácter, elevacion, talento, religion y principios, es imperturbable, como ya hemos dicho, en los acontecimientos varios de la vida y en las vicisitudes de la fortuna: ni esta le envanece sonriéndole, ni le abate abandonándole. «Es mas fuerte que diez príncipes de «una ciudad (2).»

Además: no hay cosa mas hermosa que un poder sin orgullo, una grandeza sin ostentacion, y una nobleza sin fausto; y sepan los orgullosos que la afabilidad no desprestigia la grandeza, sino que la hace por el contrario mas brillante: sepan que la benignidad no enerva el poder, sino que le vuelve amable, y volviéndole amable le hace mas respetable, porque el amor inspira y fortalece el respeto: y sepan que la modestia no rebaja la nobleza, sino que la eleva y ensalza: por el contrario, el orgullo es el que rebaja al hombre. «En donde hubiere soberbia, allí habrá tambien deshonra. «dice la sagrada Escritura (3).» «La vanidad, advierte un filósofo (4), suele darse á menudo la mano con la bajeza.»

(1) «Timeo et amari velle ab hominibus, non propter aliud, set ut in-  
«de sit gaudium, quod non est gaudium, misera vita est et fœda jac-  
«tantia.» (*Conf.* lib. X, cap. 36).

(2) *Eccles.* VII, 20.

(3) Prov. XI, 2.

(4) Richard.